

Acompañar adolescentes en medio de una pandemia. Visibilizando los retos y necesidades de las y los adolescentes en el contexto del COVID-19 en el Perú

**María Angélica Pease
Stefano De La Torre-Bueno, Henry Guillén, Estefanía Urbano, Cesar
Aranibar, Franco Rengifo¹**

Proyecto “Ser adolescente en el Perú” (UNICEF-PUCP)²

Las crisis suelen hacer visibles las prioridades de los Estados. Nadie duda que la salud no ha sido una prioridad estatal del Perú desde no sabemos ya ni cuándo. La precariedad de nuestro sistema nos ha arrojado en la cara las malas decisiones que hemos tomado. Del mismo modo, la adolescencia en nuestro país no ha sido prioridad de ningún sector, ni lo es ahora en medio de la pandemia. Las y los adolescentes siguen afrontando esta crisis invisibilizados en sus necesidades y urgencias. No son tomados en cuenta, como los niños y niñas, que aparecen continuamente en las preocupaciones nacionales. Una vez más, quedan sumergidos en una suerte de limbo. Se asume que “son más grandes”, que se pueden adaptar mejor, e incluso asumir roles adultos rápidamente. Ello es particularmente preocupante si atendemos a que algunos de los retos de este contexto, les afectan a nivel socioemocional quizás más que a ningún otro grupo.

El contexto de pandemia, confinamiento, precariedad económica y fragilidad del sistema de salud es rico en los múltiples retos. Queremos detenernos sólo en algunos de ellos, los que creemos que afectan más directamente a la adolescencia. Para entender estos retos, partimos desde lo que hemos aprendido en nuestro proyecto “Ser adolescente en el Perú”, gestado en el marco del convenio entre UNICEF y la Pontificia Universidad Católica del Perú (ver Pease, Guillén, De La Torre Bueno, Urbano, Aranibar, Rengifo 2019 para una descripción del mismo); donde adolescentes de Lima norte, centro y sur, de Cusco y Tarapoto, de escuelas rurales y urbanas, de segundo y cuarto de secundaria, varones y mujeres y diversos respecto a su rendimiento académico, compartieron generosamente sus vivencias, ideas, y sueños con nosotros. Hemos estado pensando mucho en ellas y ellos desde que empezó todo esto, y en cuánto necesitamos visibilizar sus voces y necesidades; plantear metas y políticas que desarrollen todo el potencial que tienen. Estas líneas, escritas con la urgencia de este momento, son un intento de poner algo en la mesa sobre lo que podamos empezar a conversar.

Lo nuevo, lo imprevisible y la distancia

Seguro nos sentimos cansados, medio distraídos, como buscando una respuesta continuamente sin encontrarla, no estando a veces seguros de cuál era la pregunta. Mucho

¹ Comunicación con los autores a mapease@pucp.edu.pe

² El proyecto “Ser adolescente en el Perú” ha sido gestado como convenio de cooperación entre UNICEF y la PUCP. Por el lado de UNICEF han sido cruciales los aportes de Daniel Contreras y Darío Ugarte. Está coordinado por María Angélica Pease, profesora asociada al departamento de psicología de la PUCP. El proyecto tiene como finalidad caracterizar la vivencia de la adolescencia de estudiantes de distintas regiones del país con miras a ofrecer al Estado peruano evidencias, instrumentos y protocolos que le permitan establecer un estado de la adolescencia en el Perú de manera continua.

de lo que venimos viviendo no tiene un saber previo del cual poder colgar todo el conjunto de experiencias que suponen el que toda la humanidad esté en riesgo de enfermarse en un lapso más o menos corto de tiempo y sin que exista una cura. Las historias de la gripe española o la peste negra son lejanas. No llegan a nuestras abuelas y no tuvieron este carácter global intercomunicado. No tenemos qué recibir de herencia ni qué heredar. En tiempos así de confusos, las generaciones adultas pierden poder explicativo de la realidad para los más jóvenes, y, tal como decía Margaret Mead (1950) refiriéndose a las sociedades prefigurativas, las explicaciones de lo que es la vida no alcanzan, dada la grieta intergeneracional. ¿Cuántas explicaciones estarán acompañando las vidas de las y los adolescentes? ¿Cuánto estarán pudiendo, los adultos de sus vidas, construir sentido con ellas y ellos? Probablemente no mucho.

Las teorías de procesamiento de la información (Anderson, 2000; Pozo 1994) han acumulado evidencias que nos enseñan que los seres humanos solemos resolver problemas diversos, cotidianamente, desde que somos muy pequeños y por ende, vamos acumulando una serie de esquemas que nos facilitan el resolverlos más rápidamente o con menor carga cognitiva (Bransford y Stein, 1993; Woolfolk, 2001). No toda situación que enfrentamos supone un problema nuevo que afrontar. Sino sería invivible. De hecho, gran parte de lo que resolvemos lo hacemos haciendo uso de esquemas pre-existentes, almacenados en nuestra memoria. Solemos utilizar heurísticos, atajos mentales, que nos ayudan a entender y afrontar la situación. Esa sensación de confusión que tantos venimos experimentado, de estar como buscando respuestas, como en un permanente conflicto cognitivo tiene sentido si atendemos a la casi total novedad de lo que estamos viviendo. Seguramente nos sentimos muy cansados y al procesar información sentimos que no podemos atender igual.

Sumado a este reto, lo que viene es incierto. Poco claro. Sin un plan global que seguir. Los seres humanos construimos estructuras en la realidad que nos estructuran internamente. Rutinas, planes, secuencias, que nos “arman”. Seguramente hemos venido intentando organizar nuestros días, en planes y horarios. De hecho, una de las primeras recomendaciones dadas a padres y madres para acompañar a sus hijos e hijas en la cuarentena fue que armen una rutina, una estructura. Es una muy buena recomendación. Pero al mismo tiempo, probablemente hemos sentido que los planes y rutinas son cortos, que se nos desarman al pensar en cuatro, cinco o seis meses. Ello puede ser fuente de angustias y ansiedades, y aumenta la sensación de confusión. Cómo estructuraremos ese mundo que viene, si no sabemos qué es lo que nos depara.

Finalmente, creemos particularmente complejo y doloroso el reto del distanciamiento en un país como el Perú, no solo porque solemos compartir espacios físicos con muchas personas, en muchos casos llegando a niveles de hacinamiento, sino además porque nuestras culturas suelen estar más cercanas al colectivismo y la interdependencia que al individualismo, pese a que lo más probable es que una misma persona transite de una a otra configuración en diversos ámbitos de su vida (Cienfuegos-Martínez, Saldívar-Garduno, Díaz-Loving & Avalos-Montoya, 2016). Si bien las configuraciones sociales individualistas y colectivistas se explican en una lógica de continuum, nuestras tradiciones culturales suelen situarse más cerca del construirse con y desde los otros y las otras. Nuestra familia suele conceptualizarse de manera extendida. Vivimos la vida con los demás y desde los demás. Participamos continuamente en la vida de la gente que queremos. Nos preocupamos y vivimos vicariamente los sufrimientos y bendiciones de un ejército de primos y primas, tíos y tías, de sangre y “de cariño”. Construimos, en ese sentido, la distancia como algo negativo. El saludo es abrazo. El abrazo es fuerte y cercano. Aprenderemos sin duda -no queda de otra- a construir esa distancia, apoyados

en la tecnología (quienes tienen el privilegio de poder hacerlo) pero el tener que aprenderla supone un duelo, un duelo colectivo que no necesariamente estamos atendiendo como país. No vamos a dejar de distanciarnos, no en el corto plazo, y si bien podremos resignificar la distancia como física y no emocional, perder ese acercamiento físico también duele y ese dolor hay que mirarlo, oírlo, saber que existe.

A estos retos se suma el miedo como una emoción muy potente e intensa. El miedo a enfermarnos, a morir, a que enferme o muera alguien que amamos, a quedarnos sin trabajo, sin recursos económicos, a que las cosas cambien hasta no poder reconocerlas.

Ser adolescente en este Perú de pandemia

Si bien estos retos se intersectan con nuestras diversidades, planteamos que estos afectan de manera muy particular a las y los adolescentes, sobre todo a aquellos que son la mayoría de nuestro país, es decir, quienes asisten a una escuela pública que, pese a todos los esfuerzos que se han hecho, no logra cumplir su rol de formarlos para poder acceder a esos estudios superiores con los que mayoritariamente ellas y ellos sueñan, ni para transitar a ningún otro espacio postsecundario; quienes, además de estudiar, realizan una buena cantidad de labores en sus casas que incluyen el cuidado de otros mayores o más pequeños; quienes, en algunos casos, trabajan; quienes viven con padres y madres que tienen jornadas de trabajo demandantes, y quienes en muchos casos, viven en condiciones de precariedad.

Un primer aspecto que los pone en particular vulnerabilidad ante este contexto, es el lugar que ocupa, para ellas y ellos, el futuro. La adolescencia implica que el futuro se vuelva el eje de la vida. Las transformaciones cognitivas, los cambios cerebrales y la tarea crucial de construir una identidad que articule las emergentes y complejas preguntas de *quién soy* y *en qué quiero convertirme*, suponen una orientación hacia lo que viene; tarea que se hace mucho más evidente que, quizás, en ninguna otra etapa del ciclo vital.

Creer en contextos en que el futuro se acorta y resulta confuso no es algo que no haya pasado con otras generaciones. La generación que fue adolescente en pleno Conflicto Armado Interno (CAI) en el Perú, vivió con la angustia de no saber si habría un mañana y cómo sería este. Lamentablemente, es poco lo que esa generación ha aprendido a transmitir a las que han venido después sobre esa experiencia de que el futuro se vea imprevisible. No hablamos del CAI, no lo trabajamos en las escuelas peruanas y hacemos como si ese dolor ya hubiera terminado. Probablemente algo de esa vivencia nos serviría mucho hoy, pero no estando procesada -como encontramos en un estudio que hizo una de nosotros con investigadores del Instituto de Estudios Peruanos-IEP (Uccelli, Agüero, Pease y Portugal, 2017)- eso que se comparte se hace desde el dolor. Pero, además, la dimensión de lo que las y los actuales adolescentes están enfrentando hoy es global: afecta a absolutamente toda la humanidad, lo cual es algo que podemos decir pocas veces en la vida. Necesitamos hacerlo mejor de lo que pudo hacerlo la generación que vivió el CAI.

Necesitamos acompañar mejor esa conformación mental del tiempo. Necesitamos que construyan un futuro posible. Ayudarles a construir planes que involucren vivir, crecer, transformar sueños en metas, y metas en planes. Necesitamos darles la seguridad de que pueden, de que merecen, de que tienen el derecho de seguir haciendo planes a futuro, de que vale la pena seguir pensándose en términos de aquello que quieren lograr y ser. Necesitamos darles la seguridad de que hacerse la pregunta es quizás lo más importante en este momento, así el mundo siga cambiando. Desde la educación pública, sería de suma importancia que estas preguntas sean planteadas, acogidas y contenidas. No

podemos contar con que las y los adolescentes están siendo criados por padres y madres que tienen espacio mental en este momento para conducirlos hacia ellas.

En nuestro estudio “Ser adolescente en el Perú”, identificamos que, independientemente de sus diversidades, lo que más angustia, lo que más les preocupa, lo que más temen las y los adolescentes es no poder concretar un proyecto de ocupación futura. Lamentablemente, la gran mayoría de ellos, tal como ha sido tantas veces reportado en la literatura, entienden ocupación futura únicamente como asistir a la universidad. Lamentablemente, decimos, porque es una meta que no logra alcanzar más que un porcentaje muy reducido de nuestro país. El tema del proyecto de vida no logra trabajarse en la escuela secundaria pública de modo tal que realmente atienda las realidades, recursos y potencialidades de nuestros adolescentes. Un esfuerzo clave del sistema educativo debería centrarse en cómo utilizar esta crisis como una grieta para que pueda trabajarse el tema de proyecto de vida de tal manera que dé cuenta de las necesidades que tienen las y los adolescentes. Cómo trabajarlo para que contenga y despliegue esas preguntas sobre el futuro, para que les permita mirarse, pensarse y explorar quiénes quieren ser.

Un segundo aspecto que creemos que hace a las y los adolescentes particularmente vulnerables ante estos retos, es el lugar que ocupa todo el mundo relacional en sus vivencias. Entre las variables por las que indagamos en nuestro estudio, se encuentra todo el tema del relacionamiento.

En términos familiares, tenemos que las y los adolescentes entienden su bienestar subjetivo prioritariamente desde el contar con relaciones positivas con sus padres y madres, desde el contar con ellos, con su aliento, cariño, cuidado y apoyo. Los vínculos con la familia son absolutamente cruciales para sentirse bien y ser felices. Pese a que las familias tienden a ejercer vigilancia sobre ellas y ellos, que podríamos entender más cercana a una crianza autoritaria, las y los adolescentes conciben ese seguimiento como cuidado. Más bien, el abandono, el no estar presentes, es sancionado muy duramente. Y, efectivamente, lamentablemente, hay muchas historias de abandono, de padres que se fueron para siempre, de familias donde las jornadas de trabajo son tan largas que el criar se vuelve una práctica hecha casi por mando a distancia, por redes sociales como Whatsapp, Facebook o mensajes de texto y donde el contacto, casi siempre, se limita a los fines de semana. Ellos y ellas aprecian enormemente lo que sus familias hacen por cuidarlos, y agradecen y quisieran que fuera diferente. Sienten además una suerte de endeudamiento con sus padres y madres, y mucha responsabilidad por poder sacar a su familia adelante en el futuro.

Da temor pensar en que, muy probablemente, esta situación será solo peor en la mayoría de hogares, con la precariedad del tiempo sin trabajo durante la cuarentena. Aparecerán nuevos y grandes retos en los adultos de la vida de estos adolescentes, quienes además deben de estar pasando estresores más elevados que antes. Es crucial que desde la educación se acoja, dé cuenta y contenga este panorama. Necesitamos maneras de entender la relación familia-escuela en diálogo próximo y constructivo. Necesitamos que las escuelas integren a las familias desde sus necesidades y no únicamente desde lo que los padres y madres deben aportar o hacer por la educación de sus hijos e hijas. Necesitamos docentes que acojan y escuchen con una contención empática las vivencias de las y los adolescentes en estos temas y les den espacio. Que generen actividades que les ayuden a procesarlas sin que sientan que hay juzgamiento hacia sus padres y madres. Es muy importante por ello partir de este vínculo. Afortunadamente las y los adolescentes, tal como identificamos en nuestro estudio, tienen una relación con las TICs centrada en el intercambio para temas de relacionamiento. Más que aprender con ellas, utilizan el

teléfono, Whatsapp y redes sociales para fortalecer lazos familiares y amicales, ello tanto en adolescentes de zonas rurales como urbanas y de las tres regiones que visitamos. Las y los docentes tienen de este modo ganado el que sus estudiantes y sus familias, tendrán ya experiencia manteniendo diálogos fluidos y ricos a través de estos recursos.

Ahora bien, además del mundo de la familia, tenemos que el distanciamiento social supone una gran amenaza para el mundo relacional adolescente. Sabemos desde la psicología del desarrollo sobre la importancia que tienen las relaciones sociales (cercanas e instrumentales) en el desarrollo psicológico, académico, emocional y social de las personas, favoreciendo su socialización, el desarrollo de la identidad y proveyendo un sentimiento básico de conexión con otros y otros. Las relaciones positivas ofrecen soporte y promueven resultados positivos en lo académico, comportamental y psicológico; mientras que, al mismo tiempo, las y los protegen de posibles resultados negativos relacionados con el abuso de sustancias. El decaimiento de las relaciones sociales es una de las posibles consecuencias del distanciamiento social, en donde aquellos lazos más fuertes cobran mayor importancia, y aquellos más lejanos e instrumentales se debilitarán.

Las y los adolescentes se encuentran insertos en una red de relaciones cuya interconexión y potencial varían de acuerdo a las características del contexto, sin embargo, estas redes son particularmente importantes para aquellos que viven en circunstancias precarias de escasez de recursos económicos, falta de soporte familiar, entre otros. El tutor o tutora de una escuela secundaria, un programa social dentro de un barrio, la relación con una amiga o amigo, adquieren un valor particular cuando potencialmente ofrecen posibilidades de desarrollo más allá de las que puede proveer la familia o las relaciones cercanas, y que, en algunos casos, compensan y promueven resiliencia ante esta precariedad económica y, en algunos casos emocional, en las que se desarrollan.

En este sentido, es crucial, en primer lugar, la identificación de estas redes de soporte a las que el o la adolescente ha podido acceder para comprender las oportunidades que estas ofrecen y, en segundo lugar, desarrollar estrategias para el mantenimiento de estas redes de soporte. A medida que las familias sufran los efectos de la recesión económica y los temores de posibles rebrotes del virus, el mantenimiento de estas redes de soporte serán fundamentales para seguir ofreciendo, por un lado, oportunidades de desarrollo a las y los adolescentes y, por otro, para disminuir el impacto de las consecuencias negativas del distanciamiento social y de la crisis. Así, las escuelas no sólo lidian con una crisis académica, al tener que buscar alternativas para seguir desarrollando sus programas académicos escolares, sino también con una crisis social del mundo adolescente, al tener que pensar en estrategias que permitan mantener e interconectar aquellas relaciones que constituyen el mundo social adolescente que son una fuente de redes de soporte, oportunidades y de capital social.

Al mismo tiempo que los padres y madres ocupan un lugar central en la vida de las y los adolescentes, el rol de los pares es crucial en su bienestar. La relación con los amigos y amigas no tiene solo fines de recreación, lúdicos, de complicidad, es también el dominio crucial de construcción de la identidad adolescente. Es con ellos y ellas que se aprende a ser adolescente, se aprende a ser amigo o amiga, se aprende a ser pareja, se aprende quién es uno en términos de identidad sexual y de género. No es poca cosa perder el mundo social en la adolescencia. No es poca cosa no tener espacio para conectar, encontrarse con los pares. Aquí también, hay mucho que poder fomentar desde el espacio educativo, comenzando por reconocer y validar los espacios virtuales que las y los adolescentes ya han construido poniendo en valor la capacidad que tuvieron para desarrollarlos. Las escuelas y docentes deberían incorporar en sus preocupaciones el cómo generar condiciones virtuales de un patio de recreo, cómo favorecer que se sigan dando vínculos,

cómo usar la tecnología (Facebook, Whatsapp, Instagram o las redes sociales en general) que ellos y ellas ya usan para conectarse entre pares, de modo que propicie encuentros más ricos y cercanos. En ese duelo por el distanciamiento al que nos referíamos más arriba, no pueden acompañarnos las y los adolescentes. Deberíamos intentar evitarles ese sufrimiento, anticipar por ellos y generar condiciones que ayuden a que el relacionamiento siga siendo fértil.

Es fundamental que, desde el sector educación, nos preguntemos acerca de cuál es la meta de la enseñanza y del aprendizaje en una coyuntura como la que estamos viviendo. ¿Es asegurar que las y los estudiantes aprendan al mismo ritmo que aprenderían en clases regulares? ¿Es mantenerles ocupados y ocupadas mientras que están en casa? ¿Es tratar de compensar las horas académicas que se están perdiendo a través de formatos alternativos?. Pensamos que una coyuntura de esta magnitud requiere pensar la educación de una manera más amplia que la que sólo refiere al aprendizaje y al dominio de los contenidos académicos. Pensamos que es importante que los líderes educativos den prioridad al fortalecimiento del sentido de comunidad y al involucramiento de las y los estudiantes. En este contexto, una pregunta que podría constituir el punto de partida es ¿cómo mantener el contacto? Las escuelas en todo el país han dejado de recibir a sus estudiantes y a todos los miembros de la comunidad educativa. Ante este evento, ¿cómo logramos mantener las relaciones entre las maestras y maestros y sus estudiantes, así como entre estudiantes? Es fundamental pensar en formas de mantener y proteger estas relaciones. Las tecnologías, en este sentido, tienen un gran potencial como aliadas antes estos objetivos.

En este grupo de actores significativos para las y los adolescentes, no podemos dejar de mencionar el valioso rol de las y los docentes. Nuestro estudio ha permitido visibilizar que las relaciones entre adolescentes y docentes no parten únicamente de fines instrumentales ligados al aprendizaje. Sino también, estos vínculos implican espacios de confianza, contención y apoyo ante inquietudes y/o situaciones adversas, sobre todo si dichas dificultades sucede en la familia. En casos de violencia, de situaciones de riesgo, a veces el contar con un tutor o tutora involucrada con sus estudiantes hace toda la diferencia. Sería importante comenzar a pensar en una escuela que se aleje de una visión orientada a cargar a los estudiantes con tareas y otras actividades académicas. En ese sentido, este nuevo contexto de convivencia ante la pandemia, abre una interrogante relevante respecto a cómo impulsar y fortalecer el vínculo entre nuestros docentes y sus estudiantes, cómo generar nuevos espacios de vinculación que faciliten no solo el aprendizaje, sino vínculos positivos para nuestros adolescentes y su proceso de desarrollo.

Un tercer aspecto, que ubica a las y los adolescentes en una situación de vulnerabilidad tiene que ver con las alarmantes cifras de violencia doméstica reportadas por el Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables. Solo a dos semanas de iniciado el estado de emergencia en nuestro país, la Línea 100 recibió 5418 llamadas de emergencia, de las que 538 eran casos de mujeres que estaban realizando denuncias graves; reportándose, además, 27 casos de violación sexual a menores de edad (IDEHPUCP, 2020, RPP, 2020). Las y los adolescentes no cuentan con las herramientas necesarias para identificar y denunciar prácticas de violencia que, por lo general, están bastante normalizadas en la dinámica familiar. La gran deuda del Estado para con ellas y ellos es una falta de Educación Sexual Integral con la que puedan no solo conocerse, construir una identidad de género y vivir su sexualidad plenamente; sino también que puedan reconocer situaciones de violencia y amenaza, que puedan buscar ayuda y denunciar el maltrato que vienen sufriendo (ver Pease, Guillén, De La Torre Bueno, Urbano, Aranibar, Rengifo 2019 para una discusión más detallada de este tema). Esta es una demanda explícita de

las y los adolescentes con los que trabajamos en nuestro proyecto. Necesitan una Educación Sexual Integral y con Enfoque de Género para dejar de sentir miedo y temor de su propia vivencia de la sexualidad; para dejar de creer que la sexualidad (en el sentido amplio de la palabra) pertenece exclusivamente al mundo adulto; para dejar de mantener los tradicionales roles de género (que por suerte parece que se están disipando).

No es sencillo este panorama. El Estado peruano está haciendo un esfuerzo sin precedentes a nivel educativo. Las familias y las y los adolescentes también. La adolescencia no se vive solo en la escuela, sin duda, pero la escuela tiene una importancia crucial en la vida de ellas y ellos, y tiene la posibilidad de tener más recursos para sostener estos procesos, para acogerlos y acompañarlos, para evitarles sufrimiento que no queremos que tengan. Lo bueno es que, pese a lo poco que la escuela ofrece a veces a las y los adolescentes, su confianza en ella está casi intacta. La consideran indispensable en su vida. Esencial para el logro de sus metas y planes futuros. Confían en ella y en lo que puede hacer por ellos. Y se comprometen en lo que la escuela plantea con todo su corazón. Eso, nomás, ya debería ser fuente de esperanza. Eso, nomás, ya debería ser nuestro principal impulso.

Referencias:

- Anderson, J. R. (2000). Learning and memory: An integrated approach. John Wiley & Sons Inc.
- Bransford, J. D., & Stein, B. S. (1993). The IDEAL problem solver. Centers for Teaching and Technology - Book Library. 46.
- Cienfuegos-Martínez, Y. Saldívar-Garduno, A., Díaz-Loving, R. & Avalos-Montoya, A. D. (2016). Individualismo y colectivismo: caracterización y diferencias entre dos localidades mexicanas. Acta de Investigación Psicológica, 6, 2534 - 2543.
- IDEHPUCP (2020). Violencia de género y Covid-19: Las respuestas de Perú y España
- Mead, M., Sieben, A., & Straub, J. (1973). Coming of age in Samoa. New York: Penguin.
- RPP (2020). El Ministerio de la Mujer atendió 43 casos de violación durante el Estado de Emergencia.
- Pease, M. A., Guillén, H., De La Torre-Bueno, S., Urbano, E., Aranibar, C., & Rengifo, F. (2019) Nuestra deuda con la adolescencia. UNICEF, disponible en: <https://www.unicef.org/peru/media/7136/file/Nuestra%20deuda%20con%20la%20adolescencia.pdf>
- Pozo, J. (1994). Teorías del Aprendizaje. Madrid: Morata.
- Uccelli, F., Agüero, J. C., Pease, M.A., & Portugal, T. (2017). Atravesar el silencio: Memorias sobre el conflicto armado interno y su tratamiento en la escuela. IEP, Instituto de Estudios Peruanos.
- Woolfolk, A. (2001) Educational Psychology, 8va edición, Miami, Allyn and Bacon